

RESILIENCIA: ¿PROCESO Ó CAPACIDAD? UNA LECTURA CRÍTICA DEL CONCEPTO DE RESILIENCIA EN 14 UNIVERSIDADES COLOMBIANAS

SERGIO TRUJILLO GARCÍA*
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA, BOGOTÁ, COLOMBIA

Recibido: 27 de mayo de 2011

Aprobado: 20 de junio de 2011

Resumen

En este artículo se hace una lectura crítica del concepto de “resiliencia” encontrado en documentos producidos en 14 universidades colombianas, que fueron investigados por el grupo Resilio. El proceso hermenéutico utiliza como horizonte para realizar la lectura crítica el concepto de resiliencia como proceso y su contraste con el concepto de resiliencia en tanto capacidad. Como conclusión se proponen algunos caminos para delimitar el concepto de una manera compleja y dinámica, situada histórica y culturalmente.

Palabras clave: Resiliencia, Proceso, Capacidad

RESILIENCE ¿PROCESS OR CAPACITY? A CRITIC READING OF THE CONCEPT OF RESILIENCE IN 14 COLOMBIAN UNIVERSITIES

Abstract

This article makes a critic Reading of the concept “resilience”, found in documents produced in 14 colombian universities that were researched by the Resilio group. The hermeneutic process uses as horizon to perform the critic reading, the concept of resilience as process and its contrast with the concept of resilience as capacity. As conclusion some paths to delimit the concept in a complex and dynamic way located historically and culturally are proposed.

Key words: Resilience, Process, Capacity

En una reciente investigación, cuyos resultados se publicarán en un artículo que se encuentra en prensa, el grupo de investigación Resilio, de la Pontificia Universidad Javeriana, se acercó a las universidades colombianas en las cuales se investiga acerca de la resiliencia y pudo describir algunas de las características y los avances de la producción teórica, investigativa y/o de intervención que se han hecho (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Tal investigación analizó “(...) 74 documentos, entre artículos, boletines, capítulos de libros, libros, monografías de grado, ponencias, recuentos de experiencias y tesis de pregrado y posgrado, procedentes de 14 universidades colombianas” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

El propósito de este artículo es hacer una lectura crítica acerca de uno de los aspectos explorados

por dicha investigación, enfocándose en algunas características del concepto de “resiliencia” encontradas en los documentos que fueron revisados, buscando a partir de allí realizar algunos aportes reflexivos al proceso de perfilar y definir lo que entendemos por resiliencia en Colombia.

Para ello se contrastarán hermenéuticamente los hallazgos de la investigación con la idea que se viene elaborando al interior del grupo Resilio, en la que resiliencia es el proceso por medio del cual una adversidad grande o pequeña se convierte en ocasión para el mejoramiento personal o colectivo, y también con propuestas de algunos autores que han acuñado el término en las ciencias humanas y sociales, puesto que entre los hallazgos de la investigación se menciona que: “Las conceptualizaciones que encontramos en los documentos estudiados entran en sintonía en un alto porcentaje con las definiciones propuestas por los

* Docente Pontificia Universidad Javeriana. Grupo Resilio. sergio.trujillo@javeriana.edu.co

autores e investigadores a nivel internacional” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Quizá lo que más llama la atención en el concepto de resiliencia que se encontró en los documentos revisados es que 28 de ellos asumen que la resiliencia es una **capacidad** que posee la persona que afronta una dificultad, bien sea una capacidad afectiva que protege contra las adversidades o una “(...) capacidad cognitiva y socioemocional de la persona o grupo para reconocer, enfrentar y transformar constructivamente situaciones de sufrimiento o daño que afectan el desarrollo” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Aunque en los documentos revisados por el estudio se advierte que todos los seres humanos podemos ser resilientes, que todos tenemos la capacidad de serlo, el término “capacidad” es problemático, diríamos incluso estrecho, restrictivo, cuando con él queremos definir una idea tan compleja y dinámica como la de resiliencia. Veamos algunas razones de esta problemática.

Para la Real Academia Española de la Lengua (RAE) (2001), “Capacidad” es aptitud, talento, cualidad que dispone a alguien para el buen ejercicio de algo. Si bien, en un sentido aristotélico, la potencia - o capacidad - puede llegar a actualizarse, a convertirse en acto, a realizarse, no es esta la forma en que comúnmente comprendemos “capacidad”, la cual estaría en sintonía con la idea de proceso, pues más bien, frecuentemente, nos dejamos llevar por la metáfora del recipiente que puede ser más o menos capaz de contener un líquido, imagen afín a la definición del DRAE. Entonces aparece el problema de la equidad, de la repartición de la capacidad resiliente entre la gente, porque la palabra capacidad, entendida como una aptitud, virtud o característica innata o adquirida, implícitamente supondría que las personas la poseemos en mayor o menor grado, es decir que algunas personas podrían ser capaces de resiliencia, otras serían más capaces y otras menos capaces. Ello puede producir decisiones desiguales en política, en economía, en educación, en la vida laboral, en la cotidianidad (Escobar & Ballesteros, 2011).

¿Se distribuye equitativamente la resiliencia entre los seres humanos? ¿Unas personas pueden ser “capaces” de resiliencia y otras no? ¿Por qué se daría o se podría dar tal diferencia en la capacidad? ¿Cómo se puede llegar a ser capaz de resiliencia? ¿Todo ser humano puede llegar a ser resiliente? ¿Es posible incrementar, aumentar la “capacidad” de resiliencia en

las personas? ¿Puede enseñarse la resiliencia o ésta es innata? ¿Quiénes viven en la pobreza y la opresión, lo hacen porque no son resilientes, porque no tienen la capacidad de la resiliencia? ¿Es el sistema injusto, desproporcionadamente inequitativo, agresivo y excluyente, el que no da señales de ser resiliente? ¿Pueden los sistemas políticos y económicos ser o no capaces de resiliencia?

Detrás de estas y otras preguntas a las que nos lleva la comprensión de la resiliencia como capacidad, se mueven intereses económicos y políticos que no podemos soslayar quienes estamos interesados en aproximarnos al conocimiento de la resiliencia y a la intervención en resiliencia, no vaya a ser que, ingenuamente, nos pongamos al servicio de los poderosos y continuemos legitimando las injusticias sociales.

Piénsese, por ejemplo, en las exclusiones que ha producido la utilización del concepto de inteligencia, en tanto “capacidad de inteligir”, utilizado de tal modo en la psicometría - cuando es puesta al servicio de intereses económicos y políticos elitistas, que ha autorizado y legitimado la desigualdad en el acceso al estudio o al trabajo, contribuyendo con la producción de una estructura piramidal, tremendamente injusta y desigual, característica de las sociedades neoliberales (Molero, Saíz, & Esteban, 1998).

En la historia de la psicología y por supuesto de la humanidad, abundan los ejemplos de las dificultades que acarrea el suponer que las personas poseemos o no una capacidad y que la poseemos en cierta medida o grado, en especial cuando dicha capacidad puede ser definida y manipulada por agentes externos a la vida de las personas, limitando su autonomía, deteriorando su autoestima, empobreciendo su autoagenciamiento y por tanto, incidiendo negativamente en su calidad de vida. La eugenesia es uno de los amargos frutos de un pensamiento excluyente basado en criterios con algún respaldo científico (Vasco, 1990; Trujillo, 2006a, 2006b, 2007a, 2008a, 2008b, 2008c).

De modo que las perspectivas de la delimitación del concepto de resiliencia por medio de la metáfora de la capacidad no son halagüeñas.

El lector podrá imaginar que, en la escasez de recursos que caracteriza nuestra administración pública en Colombia, quizá podríamos llegar a diseñar políticas públicas que beneficien solamente a las personas capaces de resiliencia para no malgastar la inversión, lo cual supondría primero decidir cuales personas sí son capaces de resiliencia, y para ello podríamos utilizar algunas pruebas o escalas de medición de la resiliencia,

cuyos resultados podrían usarse para aumentar, aún más, las injusticias, las inequidades, las exclusiones, las estigmatizaciones, dejando de lado a aquellos que han sido más golpeados por las dificultades y que, de acuerdo con los resultados de las pruebas estarían privados, incluso, hasta de la capacidad de ser resilientes.

Algunos ejemplos de escalas para medir la resiliencia son las citadas por Palomar y Gómez (2010): The Connor-Davidson Resilience Scale (CD-RISC) que evalúa: a) Competencias personales y tenacidad, b) Autoconfianza y tolerancia a situaciones negativas, c) Relaciones seguras y aceptación del cambio, d) Control y e) Influencia espiritual positiva. The Resilience Scale for Adults (RSA) que considera cinco dimensiones: a) Competencias personales de afrontamiento de retos, b) Competencia social, c) Coherencia familiar, d) Apoyo social y e) Estructura personal. Por su parte Palomar y Gómez (2010) construyeron una escala para evaluar la resiliencia en una población mejicana reuniendo las dimensiones de las dos escalas mencionadas en una tercera escala que las agrupa, a su vez, en cinco dimensiones diferentes: a) Fortaleza y confianza en sí mismo, b) Competencia para relacionarse con otros, c) Relaciones familiares y apoyo de la familia, d) Apoyo social de amigos y e) Capacidad para organizarse, planear actividades y distribuir el tiempo. Podrían considerarse otros autores, citados por Jiménez y Arguedas (2004), como Suárez (1997); Kukic (2002); quienes comentan haber identificado una serie de atributos personales que constituyen lo que llaman “pilares de la resiliencia”, agrupados en cuatro componentes: a) Competencia social, b) Resolución de problemas, c) Autonomía y d) Sentido de vida, componente el cual a su vez se constituiría por ocho rasgos como intencionalidad o sentido de propósito, auto-motivación, metas, superación de sentimientos de desesperanza, optimismo, persistencia, fe y espiritualidad.

Como es evidente, la intención taxonómica y el interés psicométrico no han estado ausentes de las investigaciones sobre resiliencia.

Puede inferirse entonces que, en asuntos de decisiones políticas, una medida como la mencionada más arriba no impediría que los no beneficiarios de esta imaginaria determinación se desarrollaran resilientemente a partir de su adversidad, entonces sumada a la hipotética ausencia del apoyo que tal política supondría, lo cual por una parte, deslegitimaría los resultados de las pruebas y su posibilidad de predicción, en tanto que la resiliencia se manifestaría también en quienes puntuaron bajo en la escala, y por otra, dejaría

mal librados a quienes queremos solventar prácticas sociales resilientes, pues los datos de las escalas serían insuficientes, incluso miopes y estorbosos, para comprender a la resiliencia en cuanto proceso dinámico y para intervenir con sensatez en tan complejas circunstancias.

Para la RAE (2001) “Proceso” es la acción de ir hacia delante que implica el transcurso del tiempo y supone fases sucesivas. Pero como se verá en breve, también es necesario considerar diferentes formas de comprensión del concepto “proceso”.

En el grupo Resilio hemos pensado que es mejor considerar a la resiliencia como un proceso complejo, en el cual nadie quede excluido, o mejor dicho, en el cual todos estemos incluidos, pues al fin y al cabo todos podríamos hacer parte del proceso resiliente a partir del momento en el cual llegamos a él, es decir cuando sufrimos una adversidad y también cuando podemos convertirla en ocasión para el mejoramiento personal o colectivo. Pensar la resiliencia de este modo no es una vacuna contra la inequidad pero si ayuda a prevenir la utilización de una estupenda idea, distorsionándola para favorecer intereses particulares.

Otra razón para preferir la idea de proceso al concepto de capacidad, tiene que ver con algunas de las propuestas de Boris Cyrulnik (2001, 2009), para quien no hay un comienzo absoluto del proceso resiliente, y para quien no es necesario definir una delimitada capacidad de resiliencia.

Si bien, en una primera mirada este autor parece proponer una comprensión lineal del proceso de la resiliencia, revelándonos tres pasos o momentos sucesivos: primero, la presencia de la adversidad en la vida de un ser humano, segundo, el sufrimiento que le produce tal adversidad, y tercero, el desarrollo que podría posibilitar dicho sufrimiento en quien lo experimenta; formulación general con la cual Manciaux (2003) está de acuerdo cuando enuncia que la resiliencia está compuesta por dos facetas inseparables: la destrucción, el sufrimiento, el descalabro por un lado, y por otro lado, la reconstrucción, el proyecto de una vida nueva o de una vida mejorada; una segunda lectura de Cyrulnik (2001) nos deja ver también otras direcciones, otras trayectorias y vectores, otras relaciones, otras formas de concebir el proceso resiliente.

Orígenes complejos, direcciones opuestas, fuerzas en conflicto, tensiones, movimientos, vectores, trayectorias, procedencias, emergencias... genealogía de la resiliencia (Foucault, 2004; Trujillo, 2011a, 2011b). Tal es la complejidad del proceso resiliente que requiere

de nuestro parsimonioso, sistemático y riguroso esfuerzo de abordaje. “() la resiliencia es un proceso diacrónico y sincrónico: las fuerzas biológicas de desarrollo se articulan con el contexto social para crear una representación de sí que permite la historización del sujeto” (Cyrulnik, 2001, p. 40).

Siendo como somos, unidades biopsicosociales, no extraña encontrar que Cyrulnik (2001) ubique orígenes para la resiliencia tanto en nuestra dimensión biológica, como en la cultural y, por supuesto en el sentir, el pensar y el obrar que arman, entreverándose, nuestra dimensión psicológica.

En ello también hay coincidencia con los 28 documentos mencionados, en los cuales se presenta la resiliencia como “capacidad” cognitiva y socioemocional de la persona o grupo. Acá la diferencia, como es evidente, está en el énfasis entre proceso y capacidad.

Para Cyrulnik (2001, 2009) al igual que en los 28 documentos aludidos, aparece la centralidad del afecto en el proceso resiliente: “La implicación afectiva es vital ()” (Cyrulnik, 2001, p. 96), de modo que allí se encuentra que uno de los orígenes de la resiliencia es el afecto, el afecto que nos constituye, el afecto que somos en el devenir de lo posible. Afecto que posibilita que lleguemos a ser sujetos de nuestra propia historia (Trujillo, 2008a), entonces es posible afirmar como uno de los orígenes de la resiliencia al anhelo, al deseo, a la intuición, a la ilusión vislumbrada de algo bello, distinto, algo mejor, al ensueño.

En contraste con el concepto de resiliencia como capacidad, llama la atención que el grupo Resilio encontró también en 21 de los documentos de las 14 universidades indagadas que:

(...) se considera que la resiliencia es un proceso dinámico, flexible y cambiante que permite un adecuado desenvolvimiento a pesar de condiciones difíciles. Proceso que surge a partir de la necesidad de abordar las situaciones que son percibidas como dilemas humanos y que permiten asumir ciertas posturas frente a dichas situaciones. Por tanto, este concepto brinda la posibilidad de reconocer los recursos con los que cuentan los sujetos, de tal manera que puedan potenciarlos para así afrontar las situaciones que vivencian, desde las fortalezas con las que cuentan y no desde el déficit (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Esta concepción de la resiliencia, muy próxima a la que estamos elaborando en el grupo Resilio mencionada con anterioridad, asume que la resiliencia emerge cuando las personas nos vemos abocadas al afrontamiento de situaciones adversas, cuya resolución

exige asumir con reciedumbre actitudes que permitan potenciar los recursos propios, las propias fortalezas, a fin de superar la propia fragilidad, las debilidades, los sufrimientos producidos.

La historización es un proceso que cura y que es necesario para la construcción de toda identidad individual o colectiva. Haciendo el relato de mi historia íntima, sé quién soy, cómo reacciono, lo que amo y aquello de lo que soy capaz (Cyrulnik, 2001, p. 126).

Para Vanistandael y Lecomte (2002) resiliencia es a la vez resistencia, capacidad de oposición al entorno y de ir hacia adelante. Es decir que es a la vez capacidad y proceso, pero puesto que para estos autores la resiliencia no es meramente una actitud de resistencia sino que permite la construcción, o mejor, la reconstrucción, podríamos decir que es precisamente la perspectiva procesual la que permite dimensionar el papel de la resiliencia en tanto capacidad, lo cual no ocurre a la inversa, dada la mirada estática que brinda el concepto de capacidad.

Nótese cómo, en el párrafo citado en esta investigación, se destacan junto con la dinámica y la flexibilidad, los recursos de los sujetos, es decir que, si bien se formula la naturaleza procesual de la resiliencia, no se dejan de lado las potencialidades de las personas, pero el énfasis es diferente, permitiendo otra panorámica, esta vez situada histórica, biográfica y culturalmente, en la cual cabrían las capacidades como uno de los recursos disponibles para afrontar las adversidades de modo dinámico: diacrónico y sincrónico, como lo menciona Cyrulnik (2001, 2009), ya lo había sugerido previamente Erikson (1979) cuando desarrolla su propuesta del método psico-histórico para estudiar la biografía situada de un ser humano y, por supuesto, para escribirla.

En otras palabras, una perspectiva procesual de la resiliencia permite superar comprensiones esencialistas, atemporales, abriendo un lugar al devenir en los abordajes, dando espacio a las comprensiones complejas, históricas, dinámicas, existencialistas, incluyendo el desarrollo ontogenético, sin necesidad de dejar de lado consideraciones estructuralistas en torno a los elementos, cualidades, o relaciones que configuran la resiliencia, los cuales pueden quedar subsumidos y articulados entre sí.

Es decir que, aquellas conceptualizaciones encontradas por el grupo Resilio en las aproximaciones a los documentos producidos por 14 universidades colombianas, que definen resiliencia como facultad, habilidad, elemento, postura personal o escudo protector,

también tendrían cabida en una comprensión procesual de la resiliencia, ubicados como elementos de estructuras o como funcionamientos característicos de un sistema resiliente en interacción con otros sistemas.

(...) como facultad que tiene un individuo o una comunidad para recuperarse, sobreponerse a la adversidad y finalmente transformarse. Gran habilidad para regenerarse, hacerle frente a las demandas y recuperarse de las crisis después de las cuales logran muchas veces un mejor nivel de funcionamiento. Encontramos también la resiliencia como elemento para sobrevivir, para construir proyectos de vida y superar eventos traumáticos. Postura personal en la cual los individuos reconocen a lo largo de la vida los recursos internos o características personales. Escudo protector ante daños o riesgos que atenúa sus efectos y los transforma en factor de superación (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Es evidente que, como ya se viene mencionando y los documentos revisados lo revelan, la resiliencia es afectiva y es cognitiva, es decir que está constituida por, al menos, dos procesos psicológicos: la afectividad y la cognición, pero puesto que para algunos psicólogos y pedagogos (Wundt 1874, citado en Gondra, 1990; Piaget, 1989; Vigotsky, 1995; Böhm y Schiefelebein, 2004; Trujillo 1990, 2002, 2004, 2005, 2006a, 2007a, 2008a, 2009, 2010a, 2010b), la afectividad y la cognición se unen, se amalgaman precisamente en la voluntad, proceso psicológico superior por excelencia (Vigotsky, 1995; Trujillo 2002, 2008a), parece ser necesario estudiar con detalle el papel que juega la voluntad en los procesos resilientes, pues la voluntad, órgano de la libertad, está en el origen de la resiliencia pero también es uno de sus frutos.

De esta recursividad sistémica dan cuenta otros autores cuando señalan que: “La autoestima, por ejemplo, se considera un elemento importante de la resiliencia; y al mismo tiempo, superar un trauma ayuda a desarrollarla” (Manciaux, Vanistandael, Lecomte & Cyrulnik, 2003, p. 26).

La espiralidad virtuosa, propia de los procesos resilientes, la recursividad sistémica en la cual se encuentran la finalidad del proceso con su origen, permite la superación de la circularidad viciosa de los patrones repetitivos. Estos son asuntos soslayados hasta el momento en las investigaciones realizadas en las universidades colombianas, que merecen nuestra cuidadosa atención, pues en tanto podamos vincular la voluntad con la resiliencia, esta podrá ser formulada en relación

con las decisiones autónomas de seres humanos concretos que viven en circunstancias específicas y en ellas desarrollan su sentido vital (Trujillo 2009, 2010a).

Para significar el papel de la determinación voluntaria en el proceso resiliente, en tanto resultado y en tanto inicio de dicho proceso, al referirse a la dificultad para apalabrar el sufrimiento Boris Cyrulnik sugiere poéticamente: “He aquí porque se necesitan de treinta a cincuenta años de musculación del Yo para volverse capaz simplemente de decirlo” (Cyrulnik, 2001, p. 170).

Nótese como para que la voluntad se desarrolle, además de la determinación inicial “el *fiat* de la voluntad” se requiere de todo un proceso de “musculación del Yo, solo para apalabrar la adversidad, aún no para superarla, lo cual requerirá de otros esfuerzos y procesos.

Otra característica destacable en la comprensión de la resiliencia como proceso en la investigación de Resilio, es la mirada positiva que permite: “() reconocer los recursos con los que cuentan los sujetos, de tal manera que puedan potenciarlos para así afrontar las situaciones que vivencian, desde las fortalezas con las que cuentan y no desde el déficit” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Esta mirada se coloca más allá de los enfoques deficitarios y asistencialistas que generan dependencias y empobrecimientos, y puede estar emparentada con el modelo S.O.C. — Selección, Optimización, Compensación - que Baltes (1983) formuló desde la perspectiva evolutiva del Ciclo Vital, en el cual, al vivir una transición que exige realizar el correspondiente balance entre las pérdidas y las ganancias, éstas últimas se optimizan para compensar las pérdidas, lo cual permitiría comprender, por ejemplo, como las personas oprimidas por condiciones de vida inhumanas pueden no solo sobrevivir sino surgir gracias al autoagenciamiento, incluso sin recibir ayudas externas (Trujillo 2005, 2009, 2010a; Trujillo, Tovar, & Lozano 2004, 2007) .

También desde esta perspectiva es posible buscar articulaciones entre las teorías sobre la resiliencia y las teorías sobre el duelo y su afrontamiento, (Freud, 1981; Bowlby, 1998; Kubler-Röss, 1975; Boss, 2001; Fonnegra, 2009) así como con las teorías sobre las transiciones que producen en nosotros los cambios contextuales que vivimos las personas a lo largo y ancho de nuestro desarrollo (Bronfenbrenner, 1987; Bridges, 1982; Adams, Hayes, & Hopson, 1976; Nicholson, 1987; Baltes, 1983).

Dado que en varios de los documentos revisados por el grupo se considera que:

(...) son las personas mismas quienes pueden caracterizarse como resilientes a través de una combinación de factores, que puede ser aprendida y enseñada en múltiples ámbitos por profesores que transmitan optimismo y esperanza y estimulen la curiosidad. Para estos, el desarrollo de la resiliencia se ve favorecido con la creación de ambientes donde primen las relaciones sociales afectivas. La resiliencia tiene entonces que ver con el aumento de las probabilidades de éxito educativo más allá de la vulnerabilidad que viene de los contextos vitales. Un ser humano resiliente convierte los golpes en alicientes de vida. Resilientes son los individuos que logran salir adelante a pesar de vivir en condiciones adversas. Resiliente es el ser humano que es capaz de recuperarse de la adversidad y sacar adelante un proyecto de vida, construido socialmente y abonado con aspectos personales y comunitarios para convertirse en un sujeto social y un ciudadano que entiende las responsabilidades para consigo mismo y con los otros reconociendo el valor de lo colectivo. El niño puede desarrollar resiliencia a partir de enriquecer los vínculos positivos, fijar límites claros y firmes, enseñarle habilidades para la vida (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010). Nuevamente podemos encontrar la complejidad – del latín *complexus* = tejido – del proceso resiliente y comprendemos con facilidad porque “Algunos relacionan la resiliencia con la formación integral y con la posibilidad de proyectarse en el futuro a pesar de acontecimientos desestabilizadores, de condiciones de vida difíciles y de traumas a veces graves” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Si más allá de algunas propiedades o elementos, somos resilientes las personas mismas consideradas como un todo, entonces tendremos que atender a la unicidad, a la integridad del ser humano cuando estudiamos o intervenimos en la resiliencia. Entonces tendremos que desarrollar miradas holistas de los seres humanos y de la resiliencia, que nos permitan superar el paradigma analítico, la inteligencia ciega de Occidente que solo nos deja ver fragmentos de aquello que queremos comprender y transformar (Morin, 1996; Trujillo 2007a). Y, por supuesto, tendremos que apostar con fe a la educación como factor de protección y de desarrollo resiliente de los seres humanos.

Tenemos pues una realidad compleja, dinámica y dialéctica a la cual llamamos resiliencia, que hace parte del desarrollo humano y que, por tanto, tiene que ver con la fluidez de su integridad, con su con-

tinuidad en medio de los cambios, sean rupturas o transiciones, y por supuesto, con su sentido vital, puesto que solo es posible dotar de sentido a la adversidad incluyéndola dentro del sistema general de orientación temporal de la personalidad, por medio del cual las personas otorgamos sentido a nuestras vidas e impregnamos de sentido todo lo que nos ocurre y todo lo que hacemos con lo que nos ocurre (Trujillo & Solano, 2009).

Esta forma de comprender la resiliencia busca superar el viejo dualismo entre alma y cuerpo, entre espíritu y materia, e integrar en una unidad biopsicosocial, en una unidad trinitaria, todas las dimensiones constitutivas de la humanidad de cada ser humano. También busca superar cualquier forma de reduccionismo o de determinismo.

La integridad de cada sujeto tiene que ver con la soldadura misteriosa e inefable entre las dimensiones que nos constituyen – biológica, psicológica y social – durante el fluido que llamamos vida y que garantiza la unidad biopsicosocial a través del devenir, es decir en el curso de las turbulencias producidas por las adversidades.

Por ello podemos afirmar que somos obra de la naturaleza en tanto seres biológicos, obra de la cultura en tanto seres sociales, obra de las interacciones entre la naturaleza y la cultura, en tanto seres inacabados y obra de nosotros mismos, en tanto autónomos. (Pestalozzi 1746-1827, citado por Böhm & Schiefelbein, 2004; Trujillo 2008a).

Sin embargo, las comprensiones complejas y procesuales aún no encuentran acogida en algunas investigaciones de las 14 universidades estudiadas, que centran su atención en agentes externos al sujeto que vive la resiliencia: “Otros documentos en menor número piensan que la resiliencia es un recurso externo que permite generar estrategias de afrontamiento, utilizando como medio el establecimiento de vínculos afectivos seguros y sólidos” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Si bien en este concepto de resiliencia se rescata el vínculo afectivo, dentro de éste se da más importancia al polo externo de tal vínculo, que al interno, es decir, se puede estar desustancializando al sujeto resiliente, mientras se atribuye a su entorno “la causa” de la resiliencia, dentro de la lógica de una causalidad lineal, unidireccional, quizá incluso objetivista (Trujillo, 2007a y 2008a).

Es maravilloso encontrar, por otra parte, que la causalidad compleja, multidireccional, de la resiliencia, que la comprensión genealógica de la historia y

de la biografía de las personas, emerge en algunos estudios de nuestras universidades cuando enuncian la pluralidad de resiliencias y la diversidad de sus características: “Algunos admiten varios tipos diferentes de resiliencia y hacen distinción entre las resiliencias “coyunturales” que tienen que ver con circunstancias específicas y resiliencias “estructurales” que están latentes y son establecidas con anterioridad pero que se actualizan con el envejecimiento” (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

En el concepto de resiliencia, presente en las investigaciones universitarias, tanto como en la idea que el grupo de investigación viene trabajando, se encuentran otras alusiones explícitas a la complejidad, a las interacciones entre dimensiones, a la historicidad del proceso resiliente:

En 6 documentos se considera que la resiliencia es un conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos, entendidos como factores de promoción de la persona, que la protegen frente a períodos de riesgo. La resiliencia es un proceso diacrónico o sincrónico, psico-biológico intensivo, en el que fuerzas biológicas, históricas, afectivas y sociales se articulan para metamorfosear un golpe recibido en algo soportable, para hacer de una situación amarga algo llevadero. Sus máximas expresiones son el oxímoron y la poesía. El proceso resiliente se da como resultado de la interacción continua de factores como la capacidad reflexiva, la responsabilidad, el nivel de actividad, la capacidad de aprender y conocer, de construir colectivamente, de valorar los riesgos, de aportar con disposición a dar y recibir ayuda, de la calidad de las relaciones afectivas y la preocupación por el bienestar de los otros. Es un proceso relacional en el cual se construye una narrativa alternativa (Campo, Granados, Muñoz, Trujillo, & Rodríguez, 2010).

Manciaux et al. (2003) también mencionaron haber encontrado que la resiliencia es fruto de la interacción entre la persona y su contexto político, económico y social, y además entre las vivencias anteriores y el momento actual, entre factores de riesgo y factores protectores.

Del párrafo del grupo Resilio citado más arriba puede inferirse que nuestra identidad, definida como “Mismidad Histórica” por Erikson (1981), la cual permanece a lo largo de la vida, a través del fluir de las transiciones, que se conserva en medio de los cambios, es también obra de nosotros mismos cuando discernimos, cuando realizamos opciones y cuando nos comprometemos con su realización dándole orienta-

ción temporal a nuestra personalidad en medio de las turbulencias. (Trujillo, 2007b, 2008a).

Y también es posible reconocer convergencias en torno al afecto comprendido como la semilla de nuestra identidad, lo cual está de acuerdo con Cyrulnik (2001): “El sentimiento de sí se vuelve una especie de primicia de identidad, como una imagen de sí que la mirada del otro pone en el niño” (Cyrulnik, 2001, p. 64).

Asumirnos a nosotros mismos así, de este modo complejo, admitiendo que la afectividad es el núcleo de nuestra sujetualidad (Trujillo, 2008a) significa aceptar que somos también la obra de nosotros mismos en medio de la obra de la naturaleza y de la obra de la cultura.

Nuestra voluntad florece, nuestra autodeterminación se define, se perfila, precisamente en medio de las tensiones entre las determinaciones naturales y sociales. Lo cual es casi como afirmar que requerimos de las adversidades para crecer como seres humanos íntegros, para desarrollar nuestra autonomía y la tenacidad necesarias para luchar por los objetivos buscados y deseados en medio de la incertidumbre. Así, los conflictos, cuando gracias a ellos emerge la resiliencia, son el motor del desarrollo y no nos desarrollamos pese a ellos, sino gracias a la resiliencia que ellos potencian (Trujillo, 2004, 2007b, 2008a, 2009, 2010b).

¿Cuándo comienza el proceso resiliente? ¿Acaso desde el mismo instante en que comienzan a producirse la herida y el dolor? ¿A partir del momento en el cual inicia la reparación del daño producido por la adversidad? ¿Quizás cuando ya cicatrizó la herida? ¿Estará el origen de la resiliencia en la primera letra de la primera palabra del relato acerca del acontecimiento adverso y solo aparecerá, por tanto, cuando éste acontecimiento sea por fin narrado? ¿Probablemente comienza desde siempre, en la infinitud del oxímoron?

Es a posteriori que podemos reflexionar acerca del proceso resiliente, pues en el momento mismo de la adversidad solo alcanzamos a sufrirla, y la “capacidad” de resiliencia es móvil, varía a lo largo, a lo ancho y lo profundo del proceso biográfico e histórico resiliente pues, desde una perspectiva compleja e integral, dinámica y procesual, la vida continúa manifestándose en los seres que han sido golpeados, pero que aún siguen vivos. La vida, misteriosa, se manifiesta como sabe hacerlo, casi sin ser notada.

Por ello la esperanza, definida por Erikson (1979) como la firme convicción de que nuestras necesidades serán satisfechas a pesar de los fracasos, no siempre es consciente como propósito sino como intuición de algo mejor, como deseo. Y por ello la resiliencia no

es solamente un acto de la consciencia, sino un tejido que se va haciendo a lo largo de la existencia, que requiere diversos grados de propositividad (McDougall, 1923, citado por Gondra, 1990) y diferentes universos simbólicos.

“Una malla al derecho por nuestro pasado y nuestra vida íntima, una malla al revés por nuestra cultura y nuestros allegados, así es como tejemos nuestra existencia.” (Cyrulnik, 2001, p. 108). Cyrulnik (2001) nos induce, sin explicitarlo, es decir con la magia literaria de lo implícito, hasta la sabiduría oriental del Ying y el Yang, gracias a la cual podemos vislumbrar, asombrados, las interacciones entre el caos y el cosmos, entre lo inmundano y el mundo, entre el diábolico y el símbolo. Del caos emerge el cosmos, del desorden el orden, de la oscuridad la luz, de lo feo lo hermoso, y solo podemos reconocer las virtudes de lo bello sobre el trasfondo de lo que nos resulta feo; aquello que nos parece agraciado por encima de lo que nos resulta desgraciado. Lo roto, fracturado y escindido puede evidenciarse gracias al contraste con lo integrado, lo vinculado, lo unido.

Por ello este autor formula que el precio de la resiliencia es el oxímoron, pues mientras que la ambivalencia obliga a decidir, el oxímoron no, dado que en él ambos términos antinómicos son necesarios. Así, la vulnerabilidad se transforma en fortaleza y “Cada término hace resaltar al otro y el contraste los aclara: personalidad herida pero resistente, sufriente pero feliz” (Cyrulnik, 2001, p. 21). La serpiente se muerde su propia cola.

Cyrulnik (2001) afirma que el oxímoron es la expresión de un sufrimiento que se transforma en obra de arte e invita a considerar que “La resiliencia define el resorte de los que, habiendo recibido un golpe, han podido sobrepasarlo. El oxímoron describe el mundo íntimo de esos vencedores heridos” (Cyrulnik, 2001, p. 23).

Presenciamos, gracias a Cyrulnik (2001), que el proceso de tejido, la convergencia sinérgica de fuerzas que confluyen y que puede llegar a ser proceso de escritura de un texto con sentido, para dar cuenta de modo complejo – complexus – las tres palabras en negrilla son parónimas, es decir, comparten etimología - del motor de la vida que podría devenir en motor de la existencia. Así, el proceso de tejido recompone los hilos de la red que han sido rotos y podría decirse que uno de los orígenes de la resiliencia es, precisamente, el comienzo del ejercicio del arte de tejer, quizá de tejerse a sí mismo, como corresponde a un ser humano que se constituye en sujeto de su propia historia.

Pero, para iniciar el tejido se necesita contar ya previamente con los hilos, incluso quizá con la trama y con la urdimbre así, al origen de la resiliencia en el inmediato presente o en el cercano pasado, podemos encontrarle lejanos orígenes en remotos tiempos y cercanos orígenes en el afecto próximo, que se teje en el relato de sí con otros hilos.

La emoción representada por sus figuras de enlace sirve entonces de punto de referencia en sus imágenes. Es lo que fija los sucesos bajo forma de recuerdos y les da coherencia con la condición de que el niño encuentre a alguien para quien hacer con esto un relato. (...) Pero lo que fijará las imágenes y les dará un sentido es el relato (Cyrulnik, 2001, pp. 30 y 31). () el sentimiento es una emoción provocada por una representación que depende de lo que en nuestra memoria haya quedado historiado (Cyrulnik, 2001, p. 118).

Una fuerza vital nos llega desde siempre, algo irrumpe y nos desorganiza, alguien llega nos acompaña e ilumina, una ilusión coloca el origen de la resiliencia paradójicamente en el futuro. ¿Puede la causa de las causas ser un propósito anhelado? ¿Qué fuerza puede romper la circularidad de la repetición y convertir nuestra vida en una espiralidad virtuosa? Al fin y al cabo “La muerte no es sino el fin de la vida, no es el fin de la historia” (Cyrulnik, 2001, p. 112).

A modo de conclusiones y propuestas ofrezco al lector estas consideraciones: Parece prudente y necesario orientar nuestros esfuerzos teóricos e investigativos desde una comprensión de la resiliencia cercana al paradigma de la complejidad, de modo que podamos comprenderla como un todo dinámico en relación con sus dimensiones constitutivas. Ello nos permitirá aproximar nuestras intervenciones de manera pertinente a una realidad situada que no podremos comprender desde conceptos cristalizados.

La perspectiva de la resiliencia, en tanto proceso complejo, permite articular en su interior otras miradas, lo cual exigirá de un cuidadoso esfuerzo de estudio y reflexión acerca de los trabajos de investigación que ya se han hecho, al estilo de la caracterización que realizó el grupo Resilio, para integrar de una manera coherente la diversidad de enfoques y conceptos en una idea viva de resiliencia, cuya complejidad corresponda con la complejidad del fenómeno.

Tal propuesta integradora también requerirá revisar con detalle los vínculos y parentescos, así como las divergencias, entre las teorías acerca de la resiliencia y otras teorías que tienen hondas experiencias y sugesti-

vas proposiciones, cada una desde su propio aparato crítico. Quizá valga la pena iniciar una revisión de los modelos epistemológicos y de las posturas ontológicas y epistemológicas de cada mirada.

Queda apenas esbozada la cuestión del papel de la voluntad en el proceso resiliente. Este parece ser un asunto crucial para la comprensión de la resiliencia, en tanto la voluntad es una característica fundante de lo humano sobre la cual se edifican la autonomía decisoria, el control sobre la propia vida y la capacidad de previsión, es decir, que tiene que ver con la tensión constituyente de los seres humanos, debatiéndonos entre la libertad y la responsabilidad y con la calidad de nuestra vida.

También dimos apenas un pincelazo a la importante cuestión de la formación, de la educación integral en el proceso resiliente. Puesto que el grupo Resilio está conformado por profesionales que trabajan en diversas disciplinas, tales como la educación, la teología, la psicología y las ciencias sociales, la propuesta no puede ser otra que la de continuar los esfuerzos interdisciplinarios que permitan una perspectiva suficientemente compleja de procesos y sistemas resilientes.

REFERENCIAS

- Adams J, Hayes J. & Hopson B. (1976). *Transition: Understanding and Managing Personal Change*. London: Martin Robinson.
- Baltes, P.B. (1983). Psicología Evolutiva del Ciclo Vital: algunas observaciones convergentes sobre historia y teoría. En A. Marchesi, M. Carretero y J. Palacios. *Psicología Evolutiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bohm, W. & Schiefelbein, E. (2004). *Repensar la Educación. Diez preguntas para mejorar la docencia*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Boss, P. (2001). *La pérdida ambigua*. Barcelona: Gedisa.
- Bowlby J. (1998). *El Apego y la Pérdida: El Apego*. Barcelona: Paidós Psicología Profunda.
- Bridges, W. (1982). *Transiciones. El porqué de los cambios que vivimos*. México: Fondo Educativo Interamericano.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Madrid: Paidós.
- Campo, R., Granados, L.F., Muñoz, L., Trujillo, S. & Rodríguez, M.S. (2010). *Caracterización del avance teórico, investigativo y/o de intervención en resiliencia desde el ámbito de las universidades en Colombia*. Manuscrito aceptado para su publicación.
- Cyrułnik, B. (2001). *La Maravilla del Dolor. El Sentido de la Resiliencia*. Barcelona: Granica.
- Cyrułnik, B. (2009). *Autobiografía de un Espantapájaros. Testimonios de resiliencia: el retorno a la vida*. Barcelona: Gedisa.
- Erikson, E. (1979). *Historia personal y circunstancia histórica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Erikson, E. (1981). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Escobar, H. & Ballesteros, B.P. (2011). *Psicología y políticas públicas*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Fonnegra, I. (2009). *De cara a la muerte*. Bogotá: Editorial Círculo de Lectores.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Freud, S., (1981) Obras Completas. "Duelo y melancolía". Madrid: Ed. Biblioteca Nueva.
- Gondra, J.M. (1990) *La Psicología Moderna. Textos Básicos para su Génesis y Desarrollo Histórico*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Jiménez, F. & Arguedas, I. (2004). Rasgos de Sentido de Vida del Enfoque de Resiliencia en Personas Mayores entre los 65 y los 75 años. *Revista Electrónica "Actualidades Investigativas en Educación"*, 4 (2), 1-28. Recuperado de www.revista.inie.ucr.ac.cr/ediciones.php
- Kubler-Röss, E. (1975). *Sobre la muerte y los moribundos*. Barcelona: Grijalbo.
- Manciaux, M. (2003). *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Manciaux, M. Vanistandael, S. Lecomte, J. & Cyrułnik, B. (2003). La resiliencia: estado de la cuestión. En M. Manciaux (coord.), *La resiliencia: resistir y rehacerse* (pp. 17-28). España: Gedisa.
- Molero, C., Saíz, E., & Esteban, C. (1998). "Revisión histórica del concepto de inteligencia: una aproximación a la inteligencia emocional." *Revista Latinoamericana de Psicología*, 30, 11-30.
- Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa S.A.
- Nicholson, N. (1987). A theory of work role transitions. *Administrative Science Quarterly*, 29, 172-191.
- Piaget, J. (1989). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Seix Barral.
- Palomar Lever, J. & Gómez Valdez, N. (2010). Desarrollo de una Escala de Medición en Resiliencia con Mejicanos (RESI-M). *Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 27 (1), 7-22.
- Real Academia de la Lengua Española RAE (2001). *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. (21ª.ed). Recuperado de www.rae.es
- Trujillo, S. (1990). Autonomía moral: un proyecto educativo. *Theologica Xaveriana*, 95, 92-100.
- Trujillo, S. (2002). Aproximación a la Génesis de "lo Psicológico". *Universitas Psychologica*, 1 (1), 161-170.
- Trujillo, S. (2004). Desarrollo Humano y Gracia de Dios. *Entremeses Teológicos*, 4, 13-34.
- Trujillo, S. (2005). Agenciamiento Individual y Condiciones de Vida. *Universitas Psychologica*, 4 (2), 221-229.
- Trujillo, S. (2006a). ¿Puede la psicología ser científica? Reflexión en torno a "lo psicológico" desde Heidegger. *Diálogos*, 4, 11-19.

- Trujillo, S. (2006b). Interpretación desde la psicología de la calidad de la vida y sus dimensiones en adultos mayores de los municipios de Soacha y Sibaté. En H. Escobar (Ed.), *Saber, Sujeto y Sociedad. Una década de investigación en psicología* (Cap. 14). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Trujillo, S. (2007a). Objetividad y sujetualidad: una perspectiva del debate epistemológico en psicología. *Tesis Psicológica*, 2, 75-79.
- Trujillo, S., (2007b) El sentido vital: ¿Encontrado, otorgado, inventado, construido? *Sentido y Existencia*, 2, 48-53.
- Trujillo, S. (2008a.) *La Sujetualidad: un Argumento para Implicar. Propuesta para una pedagogía de los afectos*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Trujillo, S. (2008b). Discierno, luego existo. *Psicología para America Latina. Revista electrónica Internacional de la Unión Latinoamericana de entidades en psicología*, 13. Recuperado de <http://www.psicolatina.org/13/discierno.html>
- Trujillo, S., (2008c). *Sentido Vital y Resiliencia*. Manuscrito en proceso editorial.
- Trujillo, S. (2009). *Calidad de Vida: Envejeciendo con Sentido Vital*. Trabajo presentado en el I Congreso de la Cátedra de Psicología de la Tercera Edad y Vejez, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Trujillo, S. (2010a). *El Espíritu Autogestionario y su Concreción en Proyectos con Sentido para Personas Mayores*. Trabajo presentado en el Congreso de Salud: Por un envejecimiento activo y productivo, Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, Bogotá.
- Trujillo, S. (2010b). *Sentido y Calidad de Vida: la biografía como ocasión resiliente en la vejez*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Psicología de la Vejez Mar del Plata, Argentina.
- Trujillo, S. (2011a). *La Historia y las Genealogías. Una lectura del texto de Foucault: "Nietzsche, la Genealogía, la Historia"*. Manuscrito en proceso editorial.
- Trujillo, S. (2011b). *¿Hay un origen del proceso resiliente? Una lectura de "La Maravilla del Dolor" de Boris Cyrulnik*. Manuscrito en proceso editorial.
- Trujillo, S. & Solano, O. (2009). *Espiritualidad cristiana y resiliencia*. Manuscrito en preparación.
- Trujillo, S. Tovar, C., & Lozano, M.C. (2004). Formulación de un Modelo Teórico de la Calidad de la Vida desde la Psicología. *Universitas Psychologica*, 3 (1), 89-98.
- Trujillo, S., Tovar, C., & Lozano, M.C. (2007). El Anciano Conformista ¿Un Optimista con Experiencia? *Universitas Psychologica*. 6 (2), 264-268.
- Vanistendael, S. & Lecomte, J. (2002). *La Felicidad es Posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*. Barcelona: Gedisa.
- Vasco, C.E. (1990). *Tres Estilos de Trabajo en las Ciencias Sociales*. Comentarios a Propósito del Artículo "Conocimiento e Interés" de Jürgen Habermas. Bogotá: CINEP
- Vigotsky, L.S. (1995). *Obras completas*. España: Visor.